

Alcibíades Santa Cruz.

## POR LA DEFENSA DEL IDIOMA

**E**L muy interesante artículo del señor Seura Salvo, publicado en el N.º 82 de *Atenea*, correspondiente a Diciembre del año pasado, viene muy a tiempo a remover la antigua y siempre nueva cuestión de la corrupción del idioma español en los países americanos, y aún podríamos decir que en todos los países donde se habla, porque la misma Madre Patria está muy lejos de quedar exenta de pecado.

El rico idioma español va siendo arrinconado por vocablos llegados de otros idiomas o nacidos en los bajos fondos sociales e incorporados al lenguaje de la gente culta. La inapreciable ventaja de poder recorrer todo un continente sin variar de idioma va pasando a ser un mito: cada nación hispanoamericana se está dando un idioma propio, en el que los restos del noble idioma primitivo apenas aparecen entre el cúmulo de voces extranjeras, palabras de origen indoamericano y vocablos más o menos groseros inventados por el bajo pueblo. Países hay en que esta manía de pervertir el idioma ha llegado a un verdadero sadismo.

Poca parte, a nuestro humilde juicio, tienen en esto los americanismos, y en nuestro caso, los chilenismos.

En el N.º 7 del tomo IV de *Atenea*, correspondiente a Septiembre de 1927 se publica una carta dirigida a don José Toribio Medina, y que una cariñosa infidelidad del destinatario dió a la estampa «por la doctrina y por los datos», decía el señor Medina, explicando la razón de su proceder.

Dábamos en esa carta nuestra opinión sobre chilenismos, y habíamos quedado conformes, porque nuestras ideas no habían sido discutidas hasta ahora, seguramente más por ignoradas que por aceptadas. Ojalá merecieran la observación del señor Seura Salvo, que con sólida preparación entra a formar en las filas de los «reprochadores de voquibles», que dijo Sancho.

No son, a nuestro parecer, los regionalismos de cada país los causantes de la perversión del idioma, sino en muy pequeña parte, y menos importancia tendrían si desde la escuela primaria hasta el fin de la instrucción superior se procurara por los maestros mantener la pureza del lenguaje, y si la difusión de la buena literatura española clásica y moderna permitiera a la gran mayoría de los chilenos conocer una enorme cantidad de voces que por ignoradas son substituídas por chilenismos, por neologismos innecesarios o por palabras extranjeras españolizadas o mal pronunciadas.

Muy lejos de nosotros está la idea de usar exclusivamente las voces españolas aunque ya su antigüedad las haya retirado de la circulación, como pretenden esos fervorosos adeptos del padre Mir, que, por desgracia, forman la mayoría de los autores en la ya copiosa literatura chilena sobre chilenismos, a excepción de Lenz y de Medina. Nuestra opinión es que no es admisible fosilizar el idioma; que hay muchos objetos nuevos, muchas ideas nuevas, muchas aplicaciones nuevas de las ciencias que deben ser representadas por una palabra nueva, ya que es nuevo lo que significan. Más aun: muchas de estas voces han nacido en otro idioma y son la expresión corriente entre los que tienen que hacer con lo que ellas significan, para quienes, y para todos, su substitución por una palabra de corte español resulta inaceptable. Así pasó con el *balompié* por *football*, que con buen acuerdo se ha españolizado en *fútbol*, y así pasará con los *esnobos* de Azorín y el *fajo* y los *fajistas* de Unamuno, que más de uno dudará si se trata de los *snobs* y del *fasio* y los *fascistas*.

Galicismos llama la Academia a control, entrenamiento y arenaje, para no citar otras; pero para control no tiene una palabra propia, aunque tiene *contralor*—para el que ejerce el cargo (y hasta se llegó a decir *contralorar*); entrenamiento no es «ensayar, ejercitar, adiestrar, habituar, acostumar, amaestrar», sino un conjunto de tales procedimientos; arenaje no es *encañar*, porque no se conduce simplemente por caños los líquidos que se desea extraer, sino que en cierto modo se les aspiran: el tal *encañar* tiene, por otra parte, más relaciones con caña que con caño.

¿Y por qué no se admite en castellano estas palabras que representan exactamente una cosa abstracta o concreta, cuando se ha admitido sin chistar *charretera*, *edecán*, *tirabuzón* y otras muchas, que en su idioma de origen significan algo determinado y en castellano no?

Claro es que debemos dar elasticidad al idioma, si no quere-

mos hablar al fin el español como los judíos de Salónica, y para mantener al día nuestra lengua necesitamos admitir voces nuevas, ya formadas con raíz griega o latina, como la mayor parte de las nuevas palabras científicas, ya conservadas en su idioma de origen, cuando no haya una voz castellana que signifique exactamente lo mismo, y cuando la palabra extranjera haya sido adoptada por todos los que tienen que hacer con ella.

Pero hay dos modos de hablar el castellano a los que debemos oponernos con toda energía, hasta que cesen de estar pervirtiendo nuestro idioma: son el uso en el lenguaje corriente y familiar, y de ahí hasta la prensa y los libros, de las palabras groseras o inventadas por gente sin asomos de cultura o nacidas en los centros del vicio, y que morirían en la bahorrina en que nacieron si no hubiera tantos que las repitieran con la intención de hacerse notables, siquiera por su versación en los usos y costumbres de los más bajos fondos sociales. Y si alguna de esas palabras pudiera tener defensores, por pintoresca o graciosa o irónica y otra causa, que vaya a los libros sobre folklore (aunque sean tan malos como alguno publicado no ha mucho).

El otro vicio es el de nutrir en el discurso cuanta palabra extranjera viene a mano, a veces sin legítima aplicación, otras veces porque no se quiere usar—o se ignora—la palabra española corriente, que significa exactamente lo que la extranjera. Agentes transmisores de esta especie de tifus exantemático del idioma son en primer lugar los cronistas de diarios y muy especialmente los cronistas de deportes, cuyo afán de usar voces inglesas o francesas—o por dárseles de sabios o por ignorar las correspondientes—hace de cada descripción de fiestas, juegos o deportes un galimatías que apenas si su autor entiende, y que va infiltrando en el lenguaje corriente, y no sólo entre la gente poco letrada, una cantidad de voces extranjeras generalmente mal pronunciadas y en seguida mal escritas, (como esa *réclame* que los que la usan pronuncian como esdrújula) y que poco a poco van desalojando y reemplazando a las buenas voces castellanas.

Estamos convencidos de que gran parte de esta gente no peca por comisión, sino porque su conocimiento del idioma castellano no les da para más. Estamos ciertos de que escribiría para que todo el que hable español los comprendiera si en sus pocos años de estudio en los Liceos o en las Escuelas Superiores hubieran estado en mayor contacto con buenos libros españoles; si no hubieran estudiado en textos mal traducidos o

mal redactados, y si las conferencias y lecciones orales hubieran sido hechas en castellano correcto.

El mal viene desde más lejos aún, porque, como hemos dicho en vez anterior, ya desde la Escuela viene el muchacho oyendo un lenguaje mítico, el de los libros de texto, para las clases, y otro demótico con todos los defectos que la Escuela debería corregir, para todas las demás situaciones de la vida. Lentamente, la falta de contacto con el amplio vocabulario castellano va borrando de la mente muchas voces, muchas acepciones alguna vez vistas; el vocabulario se va restringiendo cada vez más, y por desconocer la palabra que expresa la idea, se echa mano de neologismos inútiles o de mal adoptadas voces de otro idioma. El espléndido regalo que la colonización española hizo a América con el uso de un idioma único a lo largo de dos continentes está por desaparecer y el viajero de habla española entiende con dificultad el lenguaje de cada país de los que tuvieron igual origen e igual idioma.

En la carrera atropellada de la hora actual hacia un fin desconocido, no queda tiempo para la lectura de las buenas obras: ni para meditar la forma de lo que se escribe o se vocifera, de lo que ha nacido la gran cantidad de neologismos más retumbantes mientras más vacíos de sentido, hasta constituir el nuevo lenguaje gerundiano y quisiéramos llamar churrigueresco de oradores y escritores de la época actual.

Si se quiere atajar este mal hay que poner remedio desde la Escuela Primaria hasta las más altas esferas de la Enseñanza, corrigiendo locuciones viciosas; proscribiendo palabras impropias; puliendo el lenguaje del personal docente; ayudando a la creación de bibliotecas y al fomento de las existentes, para poder tener así ingerencia en ellas y vigilancia sobre lo que se lee; creando Centros literarios, ahora arrasados por los Clubs de deportes o pseudo-deportes, y estimulando entre la gente de prensa la corrección del lenguaje y la crítica festiva de las voces impropias: algo como el «Disparatorio» que tuvo ATENEA o la «Pesca de perlas» de una Revista argentina.

Sería ahora la ocasión para que las Academias Correspondientes de la Española se dedicaran a la confección de un Diccionario de Americanismos, ya que los incorporados en el último Diccionario de la Academia dejan mucho que desear y son poblado campo de caza para otro Valbuena, y que autores americanos hay que están tomando por americanismos y, aun regionalismos, voces castizas, como la palabra *fonda*, por ejemplo, que ha perdido en algunos países sudamericanos la principal de sus acepciones.

La Academia Chilena Correspondiente de la Española, que duerme tranquila a la sombra de sus futuros laureles, tendría aquí un vasto campo donde ejercitar su actividad.

Sería también la ocasión para principiar a cumplir el voto propuesto por don Enrique Molina y aceptado unánimemente por el Congreso de Universidades de la Habana, para la conservación del idioma como medio de proteger la integridad de las naciones hispanoamericanas.